

La mujer y la autenticidad en el arte

por Rosario Ferré

Dice Virginia Woolf en *Una habitación propia*, que si una mujer con vocación literaria en el siglo 16 (la hermana de Shakespeare, por ejemplo), hubiese intentado realizar su vocación, o se hubiese vuelto loca, o se hubiese suicidado, o hubiese acabado sus días en alguna casa solitaria a las afueras del pueblo, medio bruja, medio hechicera, objeto de temor y de burlas. La mujer que tiene vocación literaria no llegará hoy acaso a estos extremos, pero su suerte sigue estando muy lejos de ser una suerte tranquila: su vida suele ser una vorágine de conflictos que intentan destrozarla, en tanto y en cuanto persiste en realizar la voz de su corazón, o sea, su vocación.

A diferencia del siglo 16, la mujer que escribe puede hoy ejercer su vocación con relativa libertad, pero se le sigue haciendo mucho más difícil que al hombre llegar a ser un buen escritor por una razón sencilla: se le hace más difícil llegar a ser una persona completa.

En primer lugar, su libertad se encuentra considerablemente cortada, lo que limita las experiencias de las cuales puede valerse para enriquecer su obra. La mujer desconoce, por ejemplo, los manejos del poder político y del poder económico, y afortunadamente tiene escaso acceso a los mismos, ya que su deber consiste en oponerse a ellos. En se-

gundo lugar, su rol de esposa y madre tiende a hacer de ella un ser dependiente del hombre, tanto para su supervivencia económica como para su sentido de identidad.

El primer problema, el problema de la libertad material de la mujer, es un problema externo, de relativa fácil solución, que ha sido enérgicamente confrontado a lo largo de los últimos diez años por el movimiento de liberación femenina. Los logros de este movimiento son un indicio de que, al menos al nivel de las leyes y de los contratos de trabajo, al nivel de las oportunidades que le ofrece la sociedad, el dilema de la mujer se encuentra en vías de resolverse.

El segundo problema, el problema de su libertad interior, cala mucho más hondo y es de más difícil solución. Podría dividirse en dos vertientes: las sanciones emocionales y psicológicas que, al nivel de los mores o costumbres, la sociedad le sigue imponiendo, y las sanciones que ella suele imponerse a sí misma.

La mujer que tiene éxito hoy en su profesión, sea ésta cual sea, se está aprovechando de esas oportunidades que, al nivel público o retórico, la sociedad le concede. Pero una cosa es el derecho de la mujer a la igualdad de oportunidades al nivel público, y otra es al nivel privado. La verdad es que toda mujer que tiene éxito en su profesión, es de inmediato mirada con desconfianza por la mayoría de los hombres. La opinión general es y ha sido siempre que una mujer que triunfa con su mente, será necesariamente un fracaso en la cama y en el hogar. El triunfo suele ser para ella un asunto conflictivo, y sólo llega a ser un éxito completo en circunstancias muy excepcionales.

La mayoría de las veces la mujer se ve forzada a escoger entre su príncipe azul o su vocación. Es por esto que tantas mujeres, cuando están a punto de terminar sus carreras (o de terminar una novela, o un libro de poemas) encuentran una excusa para darse de baja, y dejan las cosas a medias. La soledad es un dilema angustioso al cual la mujer que ha escogido una profesión tiene a menudo que confrontarse.

Pero el problema de la libertad interior de la mujer tiene una segunda vertiente, mucho más dolorosa que la primera: la mujer que intenta romper con los patrones de comportamiento que se le han impuesto, por lo general no necesita ser castigada ni por la ley ni por los prejuicios sociales: ella se ocupa, mucho más eficientemente que ningún tribunal, de castigarse a sí misma, se siente atterradoramente culpable. Esto se debe en parte al entrenamiento al que ha sido sometida: al hombre se le educa con miras a la realización propia, mientras a la mujer se la educa con miras a la realización ajena; al hombre se le educa para que salga adelante en el mundo, para que tenga éxito y se complete a sí mismo como persona en la carrera que escoja, y a la mujer se la educa para que enseñe a los hijos a



Frida Kahlo Autorretrato



cómo lograr ese éxito y a las hijas a cómo sacrificarse para que sus hermanos lo alcancen. La soledad y la anonimidad del hogar han sido tradicionalmente el destino de la mujer, mientras el hombre sale a conquistar el mundo.

Pero es necesario reconocer que este entrenamiento no es la única causa de la falta de coherencia que a menudo define la personalidad femenina: el rol de esposa y madre es a veces adoptado por ella con intolerancia, para justificar el vacío de su vida y darse a sí misma un sentido. Otras veces es adoptado con alivio, por aquellas mujeres para quienes la responsabilidad de ser independientes y de enfrentar las consecuencias de sus propios actos resultaría, luego de tantos años de dependencia, un trauma aterrador. Cuando la mujer siente el rol de esposa y madre como auténtica vocación, resulta un bien deseable. Lo que es imperdonable es que a la mujer se le condene a conocer el amor únicamente en estas circunstancias, cuando el amor puede ser mucho más. El amor es también el trabajo profesional hecho con amor, la posibilidad de desarrollar hasta el máximo las capacidades humanas.

Para la mayoría de las mujeres, el ser la edificadora de ese Paraíso imprescindible del hogar resulta hoy un pobre sustituto para toda la compleja

maravilla del mundo. La educación le ha comprobado que cambiar pañales y velar por el bienestar físico de la familia no es una alternativa equiparable al cultivo de las artes, de la política o de las ciencias.

No cabe duda de que el problema fundamental de la mujer es hoy la integración de su personalidad, con todas las satisfacciones y sufrimientos que la madurez y la independencia conllevan. No me refiero a esa actitud imitativa del hombre que, en ocasiones, adopta la mujer, apropiándose las actitudes mentales de lucro y poder, y despreciando, con mucho más ahínco que los hombres mismos, todo lo concerniente a la visión femenina. El rol de la mujer liberada deberá consistir precisamente en cuestionar el ejercicio de ese poder (moral, religioso, o político) tanto en los países donde prevalece el capitalismo estatal, como en los que prevalece el capitalismo privado. Me refiero, por el contrario, a una profundización de nosotras mismas, a un intento de descubrir quiénes somos y cómo somos.

Las mujeres que tenemos vocación de escritoras gozamos hoy de una mayor oportunidad de llegar a serlo, porque nuestra lucha por entendernos a nosotras mismas ha de ayudarnos a lograrlo. Como dijo Rilke en su *Carta a un joven poeta*, no hay cosa más desastrosa para un escritor que el que la voz le suene falsa. ¿Cómo entonces podrá hoy la escritora sonar auténtica si aún no sabe quién es ni cómo es? Si queremos llegar a ser buenas escritoras, tendremos que ser mujeres antes de nada, porque en el arte la autenticidad lo es todo.

La mujer que escribe tendrá hoy que aprender a conocer los secretos más íntimos de su cuerpo y hablar sin eufemismos de él. Tendrá que aprender a examinar su propio erotismo, y a derivar de su sexualidad femenina toda una vitalidad latente y pocas veces explotada. Tendrá que aprender a explorar su ira y su frustración ante el hecho ser mujer, así como las satisfacciones que el hecho implica. Tendrá que purificarse ella misma, y ayudar a purificar a quienes la leen, de esa culpabilidad que en secreto la tortura. Tendrá que escribir, en fin, para comprenderse mejor, y para enseñar a sus lectoras a comprenderse mejor.

Su autenticidad implicará también un re-examen de la naturaleza del amor, porque el amor es la raíz de su culpabilidad. ¿Qué es el amor, en fin, para nosotras las mujeres? ¿Qué es ese enorme bien por el cual se nos ha exigido renunciar al mundo durante siglos? ¿Es el amor el único fin de nuestras vidas y ha de ser este siempre irremplazable, bendecido por la respetabilidad de la procreación y de la propiedad? ¿No tiene acaso la mujer, al igual que el hombre, derecho al amor profano, al amor pasajero, incluso al amor endemoniado, a la pasión por la pasión misma?

Creo, como Anais Nin, que la pasión es la naturaleza definitoria de la mujer, pero esa pasión suele ser a una vez su mayor fuerza y su mayor flaqueza.



Frida Kahlo "Diego y Frida"

El entrenamiento de siglos al que ha sido sometida, la anonimidad, la pobreza, el renunciamiento de sí misma, el espíritu de sacrificio, le han dado una profundidad, una capacidad para soñar y conmoverse, una fe en los valores fundamentales de la vida que el hombre, por lo general, desconoce. Y sin embargo, es precisamente esa pasión lo que la convence de la existencia de un príncipe azul que ella aguarda eternamente.

La responsabilidad de toda escritora es hoy precisamente convencer a sus lectoras de ese precepto fundamental: el príncipe azul no existe, no tiene materialidad alguna fuera de nuestra imaginación, de nuestra propia capacidad creadora. Y si vaciláramos en nuestra convicción, y nos sintiéramos tentadas a creer lo contrario, más nos valdría recordar las palabras de Diotima, la sabia de Mantinea, cuando afirma, en el *Banquete* de Platón, que el amor es siempre plurivalente y jamás se limita a un solo cuerpo: "Si hay que buscar belleza, dice, sería una verdadera locura no creer que la belleza que reside en todos los cuerpos es una e idéntica. Una vez penetrado de este pensamiento el hombre deberá mostrarse amante de todos los cuerpos bellos y despojarse como de una menospreciada futeza, de toda pasión que se encontrara en uno sólo". Y aún cuando, de una vez en mil, nuestro príncipe

azul se personificara ante nosotras, implacable y aterrador en su perfección, nos será necesario convencernos de que también a él lo hemos inventado, porque el precio que tendríamos que pagar por su sustantividad resulta sencillamente demasiado alto.

En *Una habitación propia* Virginia Woolf señala que la perturbadora situación de la mujer ha sido la razón principal por la cual no ha habido grandes mujeres escritoras en la historia universal. No ha habido una sola mujer que haya escrito como Shakespeare, dice Virginia Woolf (excepto quizá Jane Austen), porque su situación les impide escribir objetivamente, con todos los obstáculos quemados, con esa absoluta transparencia que adquiere la obra literaria cuando el autor está totalmente separado de lo que escribe, a la vez que ha logrado llegar a ser uno con su escritura. Esto puede que sea cierto, y que en efecto no existan escritoras comparables a Shakespeare o a Cervantes por múltiples razones (algunas de las cuales ya han sido mencionadas aquí), pero resulta inverosímil afirmar que la causa de ese hecho ha sido su falta de objetividad.

En el caso de la pasión, de la ira, de la risa, de la subjetividad arbitraria, difiero radicalmente de esta opinión de Virginia Woolf y me inclino más bien a estar de acuerdo con Anais Nin. Creo, como ella, que la mujer debe escribir para re-inventarse, para disipar su temor a la pérdida y a la muerte, para enfrentarse cada día al esfuerzo que representa vivir. Para ella, tanto las buenas como las malas pasiones caben en la literatura: "Me refiero también a la tierra mala, a los demonios, a los instintos, a las tormentas de la naturaleza. Las tragedias, los conflictos, los misterios, son siempre personales. Fue el hombre el que inventó la indiferencia, y ella se convirtió en fatalidad".

Como todo artista, en fin, la mujer escribe como puede, no como quiere ni como debe. Si le es necesario hacerlo rabiando y amando, riendo y llorando, con resentimiento e irracionalidad, al borde mismo de la locura y de la estridencia estética, lo importante es que lo haga, lo importante es que siga escribiendo. Es así que ella más puede ayudar a configurar a la mujer como ser completo. A lo que habrá que dedicarse en cuerpo y alma es a la persistencia y no a la objetividad; a no dejarse derrotar por los enormes obstáculos que la confrontan. Seguir escribiendo aunque no sea más que para allanarles el camino a las que vengan después, a esas escritoras que quizás algún día puedan escribir con calma en vez de con ira, como quería Virginia Woolf. Al igual que Anais Nin pienso que la pasión tiene un inmenso poder de transformar, de transfigurar al ser humano, de una criatura limitada, pequeña y atemorizada, en una figura magnífica, que puede alcanzar a veces la estatura del mito. "Mis momentos de pasión y videncia fueron todos nacidos de la pasión, dice Anais Nin, los desiertos que les siguieron no me interesan."



Frida Kahlo Autorretrato con mono